

## UNIDAD I: HOMERO “LA ODISEA”

### Origen de la épica: aedos y rapsodas

El más antiguo de los géneros es el épico y Homero la primer manifestación encontrada del mismo tanto por nosotros como por los griegos del siglo V a.C. Sin embargo se deduce de la perfección, el volumen, el contenido y los términos formularios de estas obras que debe haber habido manifestaciones anteriores. La mayoría piensa que las raíces vienen de la época micénica o aquea y aún de la cretense o minoica, que es más antigua. El tema mismo de “la Ilíada” nos remite a la época micénica cuando hubo una expedición de aqueos (real) que destruyó Troya hacia 1250 a.C. (notar

que Homero habla de armas de Bronce).

Por algunas referencias homéricas y otros escasos datos se infiere que los aqueos micénicos cultivaron dos grandes asuntos poéticos (de índole religiosa y hazañas de reyes- “anax”), con relación entre sí en especial el que contaba el rapto de “Helena” (la diosa Selene) y su salvación por una pareja de héroes. Estos poemas narrativos religiosos crearon y difundieron los mitos que llegarían hasta Homero. Las narraciones típicamente épicas exaltaban hazañas de reyes y héroes (por ejemplo Aquiles, Menelao y Agamenón). Utilizaban un tipo de verso particular –el hexámetro- y se transmitían por tradición oral.

En la época micénica surge la épica –refundida con lo religioso-, siglos XIV y XII, al producirse la expansión hacia Grecia continental, todo el Egeo, Creta, Asia Menor, Siria y Egipto. El “aedo” (poeta y recitador) era prácticamente un funcionario palaciego, recitaba acompañándose con la cítara.

Con las invasiones dorias llega la Edad Oscura –siglo XII al VIII a.C.-. Los eolios llegan a las costas del Asia Menor conservando sus tradiciones y exaltando a través de la épica el heroísmo de sus antepasados (reyes aqueos). Los aedos pasan a ser protegidos por la nueva aristocracia jonia y recitan en palacio rapsodias (cantos, poemas) breves, para éstos que si bien están informados acerca de los sucesos de la guerra no SON guerreros como sí lo eran sus antepasados. Se gozan con las virtudes heroicas exaltadas que aumentan su prestigio político a partir de la genealogía heroica.

Posteriormente a la composición de los poemas homéricos –siglos IX y VIII a.C.- con la caída de la oligarquía, los poemas se difunden públicamente, pasan a ser la exaltación del hombre griego, del heleno y tienen un valor pedagógico ya que son leídos con la intención de mostrar un ejemplo, un ideal a emular. Surgen entonces los rapsodas (simples memorizadores) que se organizaban en especies de cofradías hereditarias, por ejemplo los Homéridas de Quíos. Paralelamente siguen existiendo los aedos –siglo V a.C.- aunque con respecto a sus predecesores, según opinan los antiguos, son sólo imitadores mediocres.

Los grandes poemas épicos o epopeyas ofrecen una visión amplia de la vida, costumbres, sentimientos y creencias de los pueblos y épocas a que pertenecen.

### La cuestión homérica

Se ha dado en llamar así a la discusión sobre cómo y cuándo se formaron los poemas homéricos. Según los griegos Homero existió entre el siglo X y VIII a.C. Se deduce que existen interpolaciones y en el siglo XVIII se generaliza la discusión. Se atomiza Homero y también la teoría de los poemas como obra unitaria. Sin embargo, hay un dato empírico-estético a tener en cuenta: la sensación de unidad que se desprende de la obra, y algunos autores que lo incorporaron a su análisis, como Grote, afirman que existió un núcleo originario. Surgen entonces dos corrientes de opinión predominantes:

- 1) Homero fue autor de un núcleo originario (Kirchoff, Croiset, Bérard, Mazon)
- 2) Homero fue compilador (Fernand Robert: Homero recoge el trabajo de otros poetas y lo refunde, lo que no impide que otro haya agregado interpolaciones).
- 3) Críticos como Ítalo Calvino se inclinan a pensar que *Ilíada* y *Odisea* son obras de distintos autores ya que los cambios sociales y literarios que se constatan en ellas suponen una importante distancia en el momento de su composición.

### La leyenda troyana

Esta leyenda relata cómo Paris rapta a Helena (esposa del rey Menelao de Esparta), ocasionando así una guerra para restituirla a su hogar. La expedición es encabezada por Agamenón (rey de reyes) y por el propio Menelao (hermano de Agamenón, ambos hijos de Atreo y por eso denominados Atridas) quienes cuentan con muchos otros reyes aliados. Reunidos todos en Aulis, frente a la isla de Eubea, partieron hacia Troya, luego del sacrificio de Ifigenia por Agamenón (su padre) para calmar los vientos. Aunque la acción de “La Ilíada” se detiene en la muerte de Héctor, la leyenda continúa con la muerte de Aquiles a manos de Paris. Los aqueos recuerdan el oráculo: Troya caería sola si

sacaban la imagen de Palas Atenea; Ulises la roba. Finalmente Palamedes propone construir un caballo hueco en el que entrarán a Troya luego de fingir la huída (otras versiones de la leyenda le atribuyen a Odiseo esta idea). Sólo se salvará Eneas con un puñado de hombres que fundarán la Nueva Troya en Italia. Luego la leyenda se ramifica en una serie de relatos de viajes de retorno, “nostos”, como el de Ulises que será materia de “La Odisea” y el de Agamenón que se retomará en las tragedias.

### Los viajes de Ulises

El mar tiene, desde los primeros poemas griegos, un permanente prestigio en la literatura de viajes. Es un ámbito de infinitas resonancias mitológicas. Era el dominio del dios Poseidón, hermano de Zeus, desposado con la bella Anfitríte, hija del sabio Nereo, el Anciano del Mar, que habitaba en el fondo con sus numerosas hijas, las bellas Nereidas, y entre ellas Tetis, esposa de Peleo y madre de Aquiles. El Mediterráneo fue el camino de aventuras de los más intrépidos héroes, como Jasón el Argonauta y Teseo, el matador del Minotauro. (La palabra griega *pontos*, “mar” y “alta mar”, viene de una raíz indoeuropea que significaba “camino”, como en el latín *pons*, el antiguo indio *pantáh*, en ruso *ponty* o el inglés *path*). Pero ese mar de resonancias míticas es, sobre todo, el escenario que cruzó, zarandeado y errabundo, Odiseo o Ulises, el rey de Ítaca, el famoso protagonista de la Odisea. Con sus olas y sus orillas fue el laberinto de las inolvidables aventuras odiseicas.

No era, en principio, extraordinaria la distancia marina que el héroe debía recorrer para regresar, tras la penosa guerra, a su isla de Ítaca, situada muy al sur del Adriático, zarpando de las costas asiáticas de Troya, vecina del Bósforo. En atravesar el Egeo y bordear el Peloponeso un barco de amplia vela podía tardar muy pocos días. Pero a Ulises los dioses y las tormentas se lo pusieron muy difícil y tardó diez años en volver a su anhelada isla. Cuando lo hizo, entonces habían pasado veinte años de su partida (diez de la guerra y diez de sus formidables aventuras marinas) y traía el héroe, desde luego, mucho que contar y sabía bien lo que significa tener una patria pequeña, una Ítaca, que no olvida y aguarda siempre al viajero, empeñado en regresar al hogar. En la noche en que, por fin, pudo acostarse de nuevo en su lecho familiar junto a su fiel Penélope, después de la dura jornada de matanza de los pretendientes, Ulises le fue contando a su esposa sus muchas aventuras.

Nosotros las conocemos por el poema de Homero, donde las relata hábilmente el propio Ulises en el banquete que dan en su honor los feacios antes de llevarlo por fin a Ítaca. Esa narración de sus aventuras marinas ocupa los cantos VIII al XII, de modo que está situada casi en el centro de la Odisea (que se divide en veinticuatro cantos<sup>1</sup>). Resulta, sin duda, la parte más conocida del espléndido poema, y está contada con un magnífico estilo, pues uno de los grandes talentos de nuestro héroe es el de ser un estupendo narrador, tanto de historias verdaderas como falsas (como se ve en las vidas que se inventa en sus encuentros en Ítaca). El rey de los feacios, Alcínoo, elogia a Ulises como claro y verídico narrador; en cambio, unos cantos después, en Ítaca, la diosa Atenea, que conoce mejor a nuestro astuto héroe, lo elogiará por contar mentiras como nadie. En la tradición literaria de los grandes relatos de viajes estupendos, que están siempre contados en primera persona por sus protagonistas, el de Ulises es el pionero. Luego vienen los del troyano Eneas (en la Eneida de Virgilio), el de Simbad el Marino (en las Mil y una Noches), el de Dante (en la Divina Comedia), el de Cyrano de Bergerac (en su Viaje a la Luna), los de Gulliver (en la novela de Jonathan Swift), etc. Que el viaje fabuloso lo cuente el propio viajero acentúa la ironía del relato y despeja las dudas del oyente. ¿Cómo va a ser mentira el increíble viaje si el viajero mismo está ahí contándonoslo?

(...) Ulises no busca grandes aventuras ni tesoros, aunque se tope con monstruos y magas en el camino de regreso a su casa. Volviendo de una guerra a la que logró poner fin y a la había ido a su pesar, él sólo quiere regresar a su patria, esa isla pequeña y pedregosa de Ítaca. La guerra le demoró diez años y la travesía marina, que hubiera podido durar normalmente unos pocos días, le entretuvo luego otros diez. Aventurero a su pesar, Ulises no zarpó de Ítaca para buscar la gloria ni robar un tesoro ni desafiar a los monstruos, sino que todo su empeño era sobrevivir a la guerra y volver, cansado y ansioso del hogar, con los suyos. Por todo ello Ulises nos resulta un héroe moderno, sensato y familiar.

### Los episodios marinos: terribles monstruos y amorosas magas

(...) Los episodios del arriesgado itinerario odiseico son muy variados. A lo largo de ellos Ulises va perdiendo sus doce naves y sus numerosos compañeros, y sólo él escapa de la muerte y el mar. Recordemos esos peligrosos encuentros: el saqueo del país de los Cícones; la arribada a la tierra de los Lotófagos, esos drogadictos que comen una planta que provoca el olvido; la visita a la extraña isla de Eolo, dios de los vientos, cuyo regalo se pierde por culpa de los codiciosos compañeros de viaje; la visita a la isla de los Cíclopes y el encuentro en la cueva con el cruel Polifemo; la batalla con los fieros Lestrígones, fieros gigantes antropófagos, que destruyen todos los barcos de la flota

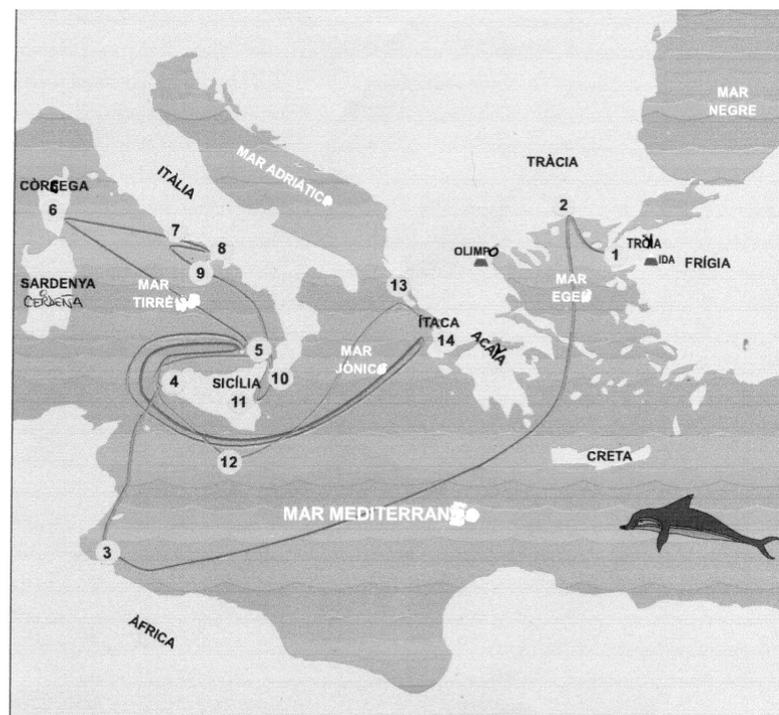
---

<sup>1</sup> Estructura externa

menos el del propio Ulises; la estancia en la isla de la hechicera Circe; el viaje al sombrío Hades, el país de los muertos, para dialogar con Tiresias, y, de paso, con las almas de otros difuntos héroes que fueron sus compañeros en los combates ante Troya; y la rauda travesía junto a la costa donde cantan las seductoras y mortíferas Sirenas; el paso terrorífico entre la monstruosa Escila y la vortiginosa Caribdis; la arribada a la isla donde pacían las vacas del divino Helios, allí donde los hambrientos e insensatos compañeros de Ulises devoraron algunas sagradas reses y, en castigo, se atrajeron la destrucción fulgurante del navío; y, finalmente, la llegada de Ulises, náufrago, a la idílica isla de la ninfa Calipso, que, enamorada de él, le retendrá a su lado siete años.

Los riesgos del itinerario son muy variados: de un lado están los monstruos, del otro, las magas enamoradizas, como Circe y luego Calipso. La respuesta de Ulises es siempre la que mejor define su carácter. En vano esta amorosa ninfa le ofrece al sufrido náufrago la inmortalidad, si accede a quedarse con ella, como su esposo para siempre, en su isla remota. Ulises no puede ceder a esa tentación, porque quiere, por encima de todo, volver a su tierra junto a los suyos. Y porque no quiere renunciar a su historia personal, por más que ésta comporte una dosis amplia de dolor y tenga que concluir, como todas las historias humanas, en la vejez y la muerte. La inmortalidad, a cambio del olvido, no le atrae en absoluto. Cuando ha entrado en el Hades, y allí ha visto a los muertos, no ha hecho ninguna pregunta sobre el Más Allá, sino sobre cómo ha de volver a su Ítaca. Calipso, presionada por la orden de Hermes y los deseos de Ulises, tiene que resignarse y dejarlo partir de nuevo por el proceloso mar camino de su isla.

Acerca del itinerario de estos viajes odiseicos se ha escrito mucho. Algunos estudiosos, ya en época antigua y repetidamente en tiempos modernos, han querido trazar sobre un mapa del Mediterráneo (y algunos incluso sobre el Atlántico) la ruta de Ulises. Las hipótesis al respecto son curiosas, pero, en mi opinión, poco convincentes. ¿Tuvo Homero a mano algún periplo prestado por los comerciantes fenicios o por algunos piratas griegos? ¿Quiso dejar en sus versos misteriosas claves, en un código secreto, a futuros viajeros? No parece muy verosímil. Pero si alguien quiere imaginar el zigzagueante rumbo de Ulises sobre el mapa mediterráneo, encontrará fácilmente pistas y guías oportunos. Algunos eruditos y algunos seguidores de Ulises han dibujado la ruta de Ulises en mapas del Mediterráneo, e incluso más allá. Por otra parte, ya desde muy antiguo, algunas localidades costeras pretendían guardar recuerdos del paso del héroe. Así se creía que la isla de Circe estaba en el golfo de Nápoles y el país de los Lotófagos en la apacible isla de Yerba, frente a las costas orientales de Túnez. Parecía probable ubicar a los brutales Lestrígonos en la áspera costa tracia. En cuanto a la gruta del cíclope Polifemo era tradicional colocarla en las costas de Sicilia o sus alrededores. Cerca rugía el terrible estrecho de Escila y Caribdis. Y por allá en la costa, muy cerca de Nápoles, quedarían las rocas desde donde cantaban las seductoras sirenas. Incluso se precisaba dónde caía la apartada gruta de la ninfa Calipso, hija de Atlante: más lejos, en algún islote frente a Ceuta. (Aunque, si bien se piensa, la isla pedregosa y raquítica de Perejil no parece muy apropiada para el idilio famoso con la bella ninfa). La isla de los feacios se identificó tradicionalmente con Corfú (la isla griega de Corcira, al norte de Ítaca). En cuanto a la entrada del Hades, el mundo infernal de los muertos, que Ulises va a visitar desde la isla de la maga Circe, era más difícil de ubicar, ya que al parecer debía de quedar lejos, en los bordes del Océano.



Esas localizaciones dicen poco para una mejor lectura del viaje de Ulises. En todo caso ahí, en los sonoros versos del poema, se oye respirar al viejo Mediterráneo, que entonces aparecía extenso y turbulento, rico en prodigios, con sus mágicas calas y sus escondidas cuevas. Era ese mar que Homero llama “de color de vino”, espumoso y resonante, transitado por héroes y dioses. Con sus ínsulas misteriosas y sus peligrosos abismos. Por la alta mar iban trazando nuevas rutas los audaces navegantes griegos con sus frágiles naves, con afán de colonizar algunas costas para comerciar y descubrir nuevas orillas y fundar nuevas ciudades, en pleno siglo VIII a.C.

### **Los encuentros del viajero. La hospitalidad, virtud premiada por los dioses.**

...en esas andanzas de Ulises cuentan los encuentros más que los paisajes. La Odisea, como cualquier narración antigua, describe poco los parajes y lugares vistos, y, en cambio, nos habla de los extraños con los que ha tenido que tratar el viajero. No debemos olvidarlo: viajar significa encontrarse con otros y en esos encuentros se juega el éxito de la aventura personal que entraña el recorrer otras tierras y ver otros horizontes. Tal vez el turismo actual, con sus estancias programadas y sus prisas, puede hacer que olvidemos ese aspecto esencial del viaje auténtico: encontrarse con los otros, arriesgarnos a depender de los otros para el hospedaje y el transporte, ver otras gentes. Desde el comienzo de la Odisea se define a Ulises como “el hombre muy artero que anduvo errante mucho tiempo y vio las ciudades de los hombres y conoció su forma de pensar”. Esa experiencia del trato con otros es lo más valioso de un buen viaje. ¡Cuántos encuentros, y qué diversos hay en la Odisea!

... en los encuentros se demuestra no sólo la gran humanidad de Ulises, sino también la importancia que los griegos antiguos daban a una vieja virtud: la hospitalidad. Es muy importante ver cómo se trata a un extraño, a alguien que llega necesitado de cobijo y comida, a un naufrago o un peregrino, que debe convertirse en huésped, según las normas de la hospitalidad. “Extranjero” y “huésped” se dicen en griego con la misma palabra: xenos. Xenía es “hospitalidad”.

En la Odisea, narración de tantos y variados encuentros, la hospitalidad tiene una relevancia esencial. El comportamiento de anfitriones y huéspedes es un motivo de central importancia, y lo es en los tres escenarios del poema: en la **Telemaquia**, en las **Aventuras Marinas**, y en la parte final del **retorno a Itaca**<sup>2</sup>. En la Telemaquia, esto es, en los cuatro primeros cantos del poema, es el hijo del héroe quien protagoniza el relato al marchar al Peloponeso en busca de su padre. Telémaco visita allí los palacios de otros reyes, compañeros de Ulises en la guerra de Troya, y es acogido ejemplarmente por Néstor en Pilos, y por Menelao en Esparta. En ambas cortes comprueba la generosidad y el afecto de los nobles camaradas de armas de Ulises. Aquí recibe evidentes muestras de la cortesía que los soberanos saben mostrar para acoger a un príncipe. Gestos de amistad, ceremonial aristocrático, regalos espléndidos al partir. Todo se desarrolla en un ambiente de cordial atmósfera, teñida de recuerdos melancólicos, cuando se evoca al ausente Odiseo. También Telémaco sabe comportarse de modo ejemplar, en Ítaca, con sus ocasionales huéspedes: con Mentos, con Teoclímeno y, en fin, con el mendigo peregrino al que acosan los pretendientes y que no es sino Ulises disfrazado.

Hay todo un ritual que una y otra vez se pone en práctica en las mansiones señoriales. Como señala S. Saïd: “La hospitalidad sigue unas reglas muy precisas. Se debe ofrecer al extranjero un baño y vestidos limpios. Se le debe sentar a la mesa, lo que es el mejor medio de indicar su integración provisional en la comunidad, y hacerlo partícipe del banquete honrándole con una porción selecta. Se le debe, en fin, ofrecer un “regalo de hospitalidad” (xeínon), que a veces se confunde con la comida y darle luego los medios para regresar a su casa”.

Ulises experimentará esa hospitalidad magnífica del rey Alcínoo en Feacia, y luego hallará otro personaje acogedor en su patria: el porquerizo Eumeo, que lo recibe en su humilde choza y lo trata con ejemplar cariño y una cortesía digna de un príncipe. Estupendo tipo es este Eumeo, que confirma que el autor de la Odisea siente una gran simpatía hacia los humildes, como este esclavo, mucho más noble en su carácter que los soberbios pretendientes que en el palacio de Ulises asedian a Penélope y se banquetean a costa del soberano ausente. (También este retrato de gentes humildes y nobles es una novedad en la Odisea frente a la antigua épica aristocrática). Los jóvenes pretendientes insultarán a Ulises, disfrazado de mendigo, en su propio palacio, y pagarán con sus vidas sus ultrajes y su desprecio desvergonzado de las normas de la hospitalidad. Como también paga sus crímenes el salvaje Cíclope, que se jactaba de pisotearlas. Polifemo es el más claro ejemplo de salvajismo y crueldad con los extraños, y sufre su justo castigo. Con ayuda del vino, que le ofrece como un taimado regalo de hospitalidad, y una estaca ardiente de olivo, el árbol de Atenea, Ulises, que le dijo llamarse Nadie, deja ciego al colosal antropófago de un único ojo, y logra escapar con sus compañeros de su cueva.

---

<sup>2</sup> Estructura interna

Resulta ambigua y peligrosa la hospitalidad que ofrecen las magas escondidas en sus idílicas islas. La hechicera Circe transforma en bestias a sus visitantes. A los torpes camaradas de Ulises los convierte en cerdos. Menos mal que el astuto héroe, con la ayuda de Hermes, triunfa de sus trampas. La bella Calipso, enamorada de Ulises, lo retiene a su lado nada menos que ocho años. Al fin intervienen los dioses y Hermes le transmite la orden divina de dejarle partir, y el hábil Ulises se fabrica una balsa y se echa de nuevo al mar, hacia el próximo naufragio.

En el mundo antiguo, cuando aún no había hoteles y no circulaba el dinero, la hospitalidad era muy importante, tanto para los nobles viajeros como para los náufragos y los solitarios peregrinos. En las costas del Mediterráneo –el de los mitos, pero también el de las colonizaciones y los náufragos y los piratas – los encuentros con los desconocidos suponían un riesgo constante, y la hospitalidad ofrecía el mejor amparo de la desdicha. Siempre que Ulises arriba a un naufragio a una nueva orilla se pregunta: “Ay de mí, ¿será ésta una tierra de gentes hospitalarias y temerosas de los dioses, o un país de salvajes y violentos?”. La disyuntiva refleja bien las angustias del náufrago.

La hospitalidad fue entre los griegos, como entre otros pueblos antiguos, una preciosa virtud, amparada por Zeus, el dios protector de los viajeros y los suplicantes.

### Simbolismo del viaje

Según Cirlot, desde el punto de vista espiritual, el viaje no es nunca la mera traslación en el espacio, sino la tensión de búsqueda y de cambio que determina el movimiento y la experiencia que se deriva del mismo. En consecuencia, estudiar, investigar, buscar, vivir intensamente lo nuevo y profundo son modalidades de viajar o, si se quiere, equivalentes espirituales y simbólicos del viaje. Los héroes son siempre viajeros, es decir, inquietos.

### Los dioses en la épica homérica

Hay una síntesis contradictoria de concepciones de distintos orígenes y épocas, que muestra ambigüedades en el área de dominio de cada dios. Los dioses homéricos son parecidos a una monarquía aristocrática feliz, concepción aérea derivada de los aqueos, con dioses antropomórficos que tienen el Olimpo como sede y a Zeus como vigilante de la desobediencia divina. Convive con esta concepción, la derivada de las poblaciones pre-aqueas que suscriben al dios a un lugar santo donde tiene poder absoluto y su imagen o ídolo. Es el caso, por ejemplo, de Atenea en Troya.

El destino (hado o, en griego, **moira**) es una voluntad por encima de los dioses y representa un compromiso tácito entre ellos. Los dioses intervienen en todo, todo lo explican y tienen poderes con los que se cuenta por necesidad pero no pueden cambiar el hado.

Homero ve lo maravilloso y ubica su origen en lo divino. Todo lo inusitado, lo inesperado, lo que provoca admiración, se explica solamente porque procede de los dioses. Destacarse por la fuerza, la belleza, la prudencia, soñar, cantar, tener una ocurrencia, experimentar pasiones es, para este tipo de pensamiento, comprensible por la intervención divina. En este marco, actuar conociendo los límites, la pequeñez del hombre, y buscar, pese a todo, valores propios, es lo que da contenido a la trayectoria vital del héroe.

En este marco se comprende el concepto de **hybris**, el error de la desmesura, del exceso, que puede ofender a los dioses, quebrantar el debido respeto a sus normas y provocar el castigo de éstos. Los dioses exigen veneración en cada uno de los actos humanos.

Existe un doble plano de motivación, es decir, la voluntad humana y la voluntad divina se encabalgan, dejando siempre margen para la libre determinación del hombre, la decisión lo hace responsable de sus actos aunque en la motivación se atribuya importancia al influjo divino. Para esta cosmovisión los dos planos no son contradictorios y el ejemplo claro de este tipo de interpretación de la realidad lo tenemos hoy muy cerca en las religiones afro-brasileñas retratadas por Jorge Amado.

El crítico F. Robert señala también la importancia de la intervención divina para explicar los vuelcos del alma o movimientos del espíritu, ya que todo dentro de la mente humana involucra a los dioses: el pensamiento, el sueño, la inspiración, los cambios interiores; para este tipo de mentalidad todo lo que ocurre en su mundo tiene la misma realidad (la vigilia y el sueño, el rito y el acto).

### Palas Atenea

Es la diosa de la inteligencia, la sabiduría, las artes bélicas en pos de un ideal, que en “La Ilíada” protege a los aqueos y especialmente a Aquiles, y a Odiseo y su familia en “La Odisea”; la voluntad de Zeus y el hado son su misión y su límite. El mérito de estos héroes reside en contar con su favor, son honrados por los dioses y por eso obtienen la gloria. Sin embargo, la elección del “protegido” no es del todo caprichosa, el héroe cuenta con atributos que lo hacen

merecedor de esta predilección. Esto es muy explícito en “La Odisea”, cuando Atenea le manifiesta a Ulises que lo prefiere por ser astuto y también está presente en “La Ilíada” aunque expresado más sutilmente. Los elegidos por los dioses cuentan con cualidades relacionadas con los atributos característicos de cada uno de esos dioses -como Paris y Afrodita, la diosa del amor, Atenea y Odiseo, Apolo y Héctor- u obtienen la piedad por su conducta religiosa intachable. La antipatía o simpatía de los dioses tiene sus motivos (por ejemplo Poseidón, dios del mar, con Odiseo) y también tiene sus límites (Atenea no puede disputar con su tío, Zeus no puede evitar el hado). Esta relación debe ser cuidada continuamente para no ofender al dios, cuando Atenea se presenta a Aquiles en el ágora, éste le expresa *quien a los dioses obedece, es por ellos muy atendido*.

Las intervenciones divinas se dan muchas veces encarnadas en personajes que son “influyentes” para el abordado. Robert estudia este tipo de apariciones y afirma que este es un rasgo más de la unión de lo divino con la experiencia cotidiana y pone como ejemplo al amigo que nos sugiere una idea de la que se desprenderán consecuencias inesperadas. Palas Atenea encarnando a Méntor, guiando a Telémaco, plantea una situación verosímil ¿quién mejor que un anciano reconocido como prudente para guiar a un muchacho inexperto? Al mismo tiempo simboliza la acelerada maduración del joven, por medio de un viaje de “paidós”, Atenea, la diosa de la sabiduría, lo conduce.

### El ideal heroico

La épica homérica tiene origen aristocrático pero es de patrimonio popular. El NOBLE es el personaje, tiene nombre, árbol genealógico y singularidad, son los mejores o “aristos”, por eso, por ejemplo, los combates se presentan como sucesiones de enfrentamientos individuales. El héroe se ofrece como ejemplo a seguir, con una intención educadora. Según el especialista Werner Jaeger en su libro “Paideia”: *El tema esencial de la historia de la educación griega es más bien el concepto de areté, que se remonta a los tiempos más antiguos. El castellano actual no ofrece un equivalente exacto de la palabra. La palabra “virtud” en su acepción no atenuada por el uso puramente moral, como expresión del más alto ideal caballeresco unido a una conducta cortesana y selecta y el heroísmo guerrero, expresaría acaso el sentido de la palabra griega. (...)*

*Los griegos consideraron siempre la destreza y la fuerza sobresalientes como el supuesto evidente de toda posición dominante. Señorío y areté se hallaban inseparablemente unidos. La raíz de la palabra es la misma que la de aristos, el superlativo de distinguido y selecto, el cual en plural era constantemente usado para designar la nobleza. (...)*

*Los griegos comprendían por areté, sobre todo, una fuerza, una capacidad. A veces la definen directamente. El vigor y la salud son areté del cuerpo. Sagacidad y penetración, areté del espíritu. (...) La fuerza y la destreza de los guerreros y su valor heroico, considerado como acción moral unida a la fuerza, eran aptitudes fundamentales para la época guerrera de las grandes migraciones y las palabras que comparten la misma raíz designan al hombre de calidad, para el cual, lo mismo en la vida privada que en la guerra, rigen determinadas normas de conducta, ajenas al común de los hombres. (...)*

*Característica esencial del noble es en Homero el sentido del deber. Se le aplica una medida rigurosa y tiene el orgullo de ello. La fuerza educadora de la nobleza se halla en el hecho de despertar el sentimiento del deber frente al ideal, que se sitúa así siempre ante los ojos de los individuos. (...)*

*El orgullo de la nobleza, fundado en una larga serie de progenitores ilustres, se halla acompañado del conocimiento de que esta preeminencia sólo puede ser conservada mediante las virtudes por las cuales ha sido conquistada. El nombre de aristoi conviene a un grupo numeroso. Pero, en este grupo, que se levanta por encima de la masa, hay una lucha para aspirar al premio de la areté. La lucha y la victoria son en el concepto caballeresco la verdadera prueba del fuego de la virtud humana. No significan simplemente el vencimiento físico del adversario, sino el mantenimiento de la areté conquistada en el rudo dominio de la naturaleza. La palabra aristeia, empleada más tarde para los combates singulares de los grandes héroes épicos, corresponde plenamente a aquella concepción. Su esfuerzo y su vida entera es una lucha incesante para la supremacía entre sus pares, una carrera para alcanzar el primer premio.*

Unido a esta capacidad debe ir el dominio de la palabra que implica la soberanía del espíritu, por eso Fénix, el educador de Aquiles –héroe prototípico griego- le recuerda en un momento decisivo el fin para el cual ha sido educado: “Para ambas cosas, para pronunciar palabras y para realizar acciones”.

Vinculado con la areté se halla el honor: *...el hombre homérico adquiere exclusivamente conciencia de su valor por el reconocimiento de la sociedad a que pertenece. Era un producto de su clase y mide su propia areté por la opinión que merece a sus semejantes. (...) la negación del honor era, en cambio, la mayor tragedia humana.* El elogio o la reprobación son fuente de honor o deshonor, más importantes aún que la exigencia de una recompensa. La areté heroica se perfecciona sólo con la muerte física el héroe porque se halla sólo en el hombre mortal y se perpetúa en su fama, la imagen de su areté después de la muerte.

La heroicidad griega no es el simple desprecio salvaje de la muerte o la indiferencia ante ella sino la subordinación de lo físico a la más alta belleza ya que lo bello es lo noble, la más alta entrega a un ideal. Según Aristóteles *quien se sienta impregnado de la propia estimación preferirá vivir brevemente en el más alto goce que una larga existencia en indolente reposo; preferirá vivir un año sólo por un fin noble, que una larga vida por nada; preferirá cumplir una sola acción grande y magnífica, a una serie de pequeñeces insignificantes.*

### **El concepto de areté en *La Odisea***

Jaeger opina que *La Odisea* es una obra bastante posterior a *La Ilíada* lo que se ve reflejado en los valores que exalta. Junto a la destreza guerrera, ya de antaño valorada, aparece la alta estimación de las virtudes espirituales y sociales. *Su héroe es el hombre al cual nunca falta el consejo inteligente y que encuentra para cada ocasión la palabra adecuada. Halla su honor en su destreza, con el ingenio de su inteligencia que, en la lucha por la vida y en el retorno a su casa, ante los enemigos más poderosos y los peligros que le acechaban, sale siempre triunfante. (...) La figura del aventurero astuto y rico en recursos es creación de la época de los viajes marítimos de los jonios. La necesidad de glorificar su figura heroica lo pone en conexión con el ciclo de los poemas troyanos y especialmente con aquellos que se refieren a la destrucción de Ilión. (...) Lo espiritual es vigorosamente destacado. Telémaco es, con frecuencia, llamado razonable o inteligente; la mujer de Menelao dice que a éste no le falta excelencia alguna ni en el espíritu ni en la figura.*

*La areté propia de la mujer es la hermosura. Esto resulta tan evidente como la valoración del hombre por sus excelencias corporales y espirituales. El culto de la belleza femenina corresponde al tipo de cultura cortesana de todas las edades caballerescas. Pero la mujer no aparece sólo como objeto de la solicitud erótica del hombre, como Helena o Penélope, sino también en su constante posición social y jurídica de señora de la casa. Sus virtudes, en este respecto, son el sentido de la modestia y la destreza en el gobierno de la casa. Penélope es muy alabada por su estricta moralidad y sus cualidades caseras. (...) Penélope, desamparada y desvalida, se mueve entre el tropel de los imprudentes pretendientes con una seguridad que revela su convicción de que será tratada con el respeto debido a su persona y a su condición de mujer. (...) la mujer puede ser la madre de una generación ilustre. Es la mantenedora y custodia de las más altas costumbres y tradiciones.*

## **LA IRA Y EL AMOR: EMOCIONES EN LA GRECIA ANTIGUA**

**Penélope / Ulises (fragmentos)**

**Autor: Carlos García Gual.**

### **El amor en Grecia.**

Resulta curioso que si bien el tema del amor en Grecia ha sido ampliamente tratado desde distintas perspectivas y referido a diferentes épocas, los investigadores omiten o pasan de puntillas sobre este sentimiento en la épica homérica. Esta situación se debe, en parte, a que se entiende que surge por primera vez de forma diáfana en un momento inmediatamente posterior, a través de la poesía lírica, en la que poetas y poetisas, como Safo de Mitilene, inauguraron una poesía basada en la expresión de un sentimiento que, como veremos, en Grecia no aparecía conceptualizado como tal, al menos en la forma en que entendemos las relaciones amorosas en la actualidad, que son herencia más directa del amor cortés medieval y de la tradición romántica.

De hecho, en la Grecia Antigua no existía ninguna palabra que se pudiera traducir de forma literal por el vocablo latino amor. Muy relacionados con el amor existían los vocablos eros, ágápe y philia; el primero, hacía referencia al deseo o a la atracción erótica; el segundo, definía el cariño y la caridad, y el tercero, las relaciones de amistad. Veremos cómo se manifiestan cada uno de estos sentimientos en la *Odisea*.

Una segunda dificultad que se manifiesta a la hora de trabajar sobre el tema elegido para esta charla es que forma muy especial, las investigaciones dedicadas al amor en Grecia se refieren a las relaciones homosexuales, especialmente a las masculinas, que también son las más documentadas. En la Grecia Antigua, la homosexualidad era admitida cuando ésta se restringía al contexto de la iniciación, momento en que se establecía una relación entre el joven y su tutor, probablemente de una forma más ritual que propiamente de enamorados, o al menos eso es lo que transmiten las fuentes. Perpetuar esta relación más allá del período iniciático ya no estaba admitido socialmente; el motivo principal era la imposibilidad de la reproducción.

Si bien es cierto que muchos autores interpretan que entre Aquiles y su amigo Patroclo existía una relación homosexual, en ningún momento de los poemas homéricos este tipo de relaciones se hacen explícitas. El filólogo Rodríguez Adrados va más lejos cuando opina que “Homero desconoce el amor homosexual”, justificando este hecho

con la menor distancia social y el mayor afecto entre hombre y mujer que en épocas posteriores de la historia griega \*1.

Las relaciones entre hombre y mujer se establecían de una forma jerárquica y desigual, ya que la mujer, en general, se encontraba toda su vida bajo la tutela masculina, el *kyros*, y su voluntad no intervenía en la elección de su marido, sino que éste era elegido por su tutor, en situaciones normales su padre y, en caso de ausencia, por su tío o su hermano. De este modo pasaba directamente de la tutela del padre a la de su marido.

En ciertos aspectos, la situación de la mujer aparece con algo más de libertad en los textos homéricos. Así, por ejemplo, se afirma que aunque el padre de Odiseo, Laertes, había comprado a la sierva Euriclea por veinte bueyes, cuando todavía era núbil, la honró como a una esposa y nunca se unió a ella por miedo a la ira de su mujer, Anticlea. En otra ocasión, se menciona que Penélope, ante la prolongada ausencia de Odiseo, debería regresar a la casa paterna y escoger con su padre un esposo que agradase a ambos. También resulta significativo el papel igualitario que Arete, la reina de Feacia, desempeñaba junto a su marido, el rey Alcínoo.

\*1 El descubrimiento del amor en Grecia. Editorial Coloquio. Madrid, 1985, p. 169.

### **El marco de la Odisea**

Pienso, como Finley lo hizo \*1, que de los poemas homéricos, en general, y de La Odisea, en particular, se puede esbozar una época de pequeños reinos, a cuya cabeza se encontraba el noble que se erigía como más poderoso de entre todos los nobles, el *basileus*, cuyo cargo no era hereditario. Una de las actividades principales de la nobleza era la guerra, tanto defensiva como ofensiva; de esta última dependía en gran parte su riqueza, que aumentaba con los botines apresados y que eran repartidos jerárquicamente por el *basileus*, en función de la categoría social del guerrero. La *Ilíada* refleja la unión de varios reinos griegos en una expedición contra la ciudad asiática de Troya.

La unidad socioeconómica de la Edad Oscura griega era el *oikos*, que incluía no solo las pertenencias materiales del noble –la casa, las construcciones anexas y la tierra-, sino también el grupo de personas que se integraban en el mismo, la familia, los sirvientes y los esclavos. El ideal de cada *oikos* era la autosuficiencia, por ello se intentaba, en un riguroso reparto de tareas, producir en su seno la mayoría de los productos consumidos.

La familia se consideraba como la unidad básica de la sociedad. El matrimonio era monógamo, aunque al hombre se le permitía mantener relaciones fuera del matrimonio; las concubinas, en la mayoría de los casos, eran prisioneras de guerra que se asignaban a los vencidos como una pieza más del botín. En la *Ilíada* la cólera de Aquiles contra Agamenón es provocada porque éste arrebató al primero a Briseida, mujer que le había sido concedida en las circunstancias mencionadas.

### **El relato de la Odisea**

He abordado el estudio de los poemas homéricos, en general, y de La Odisea, en particular, desde diversas perspectivas. Esta es la primera vez que lo hago en relación al amor y creo que no exagero si afirmo que esta obra está cargada de sentimientos y emociones, ingredientes imprescindibles en el amor, ese amor que hoy en día entendemos, y aunque en Grecia quizás no estuviese conceptualizado, ni las relaciones amorosas se establecían con nuestras normas, sí existía como sentimiento.

Para demostrar esta afirmación he seleccionado un tema recurrente, el del reencuentro, que se manifiesta a través de toda la obra. En la primera parte, cuando Odiseo se halla lejos de su patria y de los suyos, en forma de añoranza, quizás morriña o saudade serían las palabras más idóneas para definir el estado de ánimo permanente que se refleja en este héroe, no sólo en las situaciones de peligro sino también en otras que, como veremos, ofrecen una serie de ventajas sobre la vida que le aguardaría si regresara a Ítaca.

Si en la primera parte era un profundo anhelo, en la segunda, a partir del momento en que el héroe arriba a las costas de Ítaca y el añorado reencuentro con la tierra y los seres queridos se sucede; avanza hacia una nueva sensibilidad: el deseo de venganza y de la vuelta al orden preestablecido.

A través del análisis y exposición de una serie de fragmentos seleccionados, será factible demostrar la existencia del amor, a distintos niveles y con diferentes características: a su madre, Anticlea, que, sin esperarlo, encuentra su alma en el Hades, al haberle causado la muerte el sufrimiento de la prolongada ausencia de su hijo; a la tierra que le vio nacer y crecer, Ítaca; a su diosa protectora, Atenea, que tras años de ignorarle, vuelve a prestarle apoyo en una empresa difícil; a su hijo, Telémaco, que abandonó cuando era un niño y reencuentra siendo casi un adulto, pero sin asumir las riendas de la casa y a su esposa, Penélope, asediada por más de cien pretendientes y sumida en una desesperación que le impedía asumir los quehaceres de una ama de casa.

Tras el análisis de estos reencuentros, espero que resulte evidente que, aunque no de una forma consciente, en la Odisea está presente un sentimiento que en nuestra época identificamos sin dudar con el amor, ese amor que presenta y presentaba múltiples formas (físico y sexual, maternal, como amistad...) y facetas (una inclinación, un afecto, un apetito, una pasión, una aspiración...).

\*1 Finley, M.I. El mundo de Odiseo. F.C.E. México, Madrid, Buenos Aires, 1961.

### **Los reencuentros de Odiseo y sus sentimientos: amor y emoción**

En el apartado anterior aludía a la morriña (nostalgia) como una constante manifestada por Odiseo en distintos ambientes; en cualquiera de los episodios narrados, el mayor deseo manifestado por el héroe, una vez finalizada la Guerra de Troya, era regresar a su patria con los suyos para alcanzar una vejez tranquila.

Parece evidente que el autor quiso resaltar este sentimiento de desesperación ya desde el inicio de la obra. Así, al comenzar el canto I y en la primera mención del protagonista, escoge la siguiente frase comparativa:

“Y solamente Odiseo, que tan gran necesidad sentía de restituirse a su patria y ver a su consorte, hallábase detenido en hueca gruta por Calipso, la ninfa verenanda, la divina entre las deidades, que anhelaba tomarlo por esposo” (I, 11-15) \*1.

La primera imagen que se ofrece de Odiseo es la del único participante en la Guerra de Troya que, todavía con vida, no ha completado su nostos, es decir su regreso. El héroe está apesadumbrado y la pena que le embarga es la lejanía de su mujer –ampliable, como veremos, a la familia- y de su hogar.

Sin embargo, la situación de Odiseo, a no ser por el sentimiento descrito, podría ser paradisíaca; se encontraba la isla de Ogigia, junto a la diosa Calipso, hija del sol, que, enamorada de él, le ofrecía no sólo una vida sin penalidades, sino también la inmortalidad eterna, con la única condición de que permaneciera para siempre a su lado. Pero estas, a simple vista, ventajas, provocan la siguiente reacción en el cautivo:

“Hallóle sentado en la playa, que allí se estaba, sin que sus ojos secasen el continuo llanto, y consumía su dulce vida suspirando por el regreso, pues la ninfa ya no le era grata. Obligado a pernoctar en la profunda cueva, durmiendo con la ninfa que le quería sin que él la quisiese, pasaba el día sentado en las rocas de la ribera del mar y consumiendo su ánimo en lágrimas, suspiros y dolores, clavaba los ojos en el Ponto estéril y derramaba copioso llanto...” (V,151-8).

La propia Calipso, que dejará partir a Odiseo sólo cuando Zeus se lo ordene, manifiesta su extrañeza por la perpetua congoja del héroe con las siguientes palabras:

“... aunque estés deseoso de ver a tu esposa, de la que padeces soledad todos los días. Yo me jacto de no serle inferior ni en el cuerpo ni en el natural, que no pueden las mortales competir con las diosas ni por su cuerpo ni por su belleza” (V, 209- 13).

La respuesta del astuto Odiseo es tan ilustrativa que merece la pena su lectura:

“¡No te enojas conmigo, venerada deidad! Conozco muy bien que la prudente Penélope te es inferior en belleza y en estatura; siendo ella mortal y tu inmortal y exenta de la vejez. Esto no obstante, deseo y anhelo continuamente irme a mi casa y ver lucir el día de mi vuelta” (V, 215-20).

En esta afirmación es evidente que ni la dignidad de la diosa, ni la tentación de una futura inmortalidad logran desestimar la idea del regreso y el reencuentro en Odiseo.

Es posible definir la pasión que Calipso siente por el héroe como relación erótica, esa que en Grecia infunde el dios Eros y que suele acontecer fuera de la relación matrimonial.

El episodio en la isla de Calipso no supone un ejemplo aislado, de hecho, mucho antes, cuando todavía parte de los compañeros de Odiseo mantenían la vida, se les ofrece la opción de cambiar un penoso regreso lleno de riesgos, por una vida sin penalidades y con el disfrute de placeres terrenales. Me refiero al episodio de la isla de Eea que, como veremos, muestra ciertas concomitancias con el caso anterior.

En un primer momento, cuando parte del grupo se acercan al palacio de Circe, ésta los acoge según las normas de hospitalidad que rigen en el mundo civilizado y les ofrece un banquete. Tras este altruismo se esconden los oscuros designios de la diosa maga, que tiene por costumbre suministrar una droga a sus invitados con el efecto inmediato de transformarles en animales, en este caso cerdos, con el agravante de que su mente humana permanecía lúcida y eran, pues, plenamente conscientes de su nueva apariencia.

Odiseo logra, con la ayuda del dios Hermes y de su astucia, burlar y reducir a Circe, quien devuelve la forma humana a sus compañeros y se enamora del héroe a quien intenta por todos los medios mantener a su lado.

Por este motivo Circe se convirtió en la mejor anfitriona, agasajando a sus invitados con baños, ropas, y banquetes de carnes sin fin y vino exquisito. Durante un año logró mantener al grupo de guerreros en su palacio.

Pero, una vez más, renació ese deseo del reencuentro y éste era tan fuerte que el héroe accedería al consejo de Circe de internarse en el Hades, en el reino de los muertos vedado a los vivos, con la única misión de pedir consejo al alma

del adivino Tiresias sobre cuál era el camino por el que podría regresar a su hogar. También en este caso, como sucederá con Calipso, la relación de eros, basada en la atracción física se acaba transformando en philia, cuando las diosas acceden a ayudar al héroe a regresar a su patria.

Odiseo aún rechaza otra oferta con interesantes ventajas, en su última parada antes de llegar a su casa, en la isla de Esceria. Una vez más la tentación se establece en relación a una mujer, pero en este caso, humana. Cuando el maltrecho Odiseo arribó a la costa, se encontró con Nausícaa, la hija de los reyes, que le ofreció ropas y ayuda para llegar al palacio. Sin duda la belleza de la joven impactó a Odiseo, quien la confundió con una diosa; tampoco resulta difícil comprobar el sentimiento de ella cuando exclama:

“¡Ojalá a tal varón pudiera llamarle mi marido, viviendo acá!; ¡Ojala le pugliera quedarse con nosotros! Mas, ¡oh esclavas!, dadle de comer y de beber al forastero... Ellas la escucharon y obedecieron, llevándole alimentos y bebidas” (VI, 244-7).

La acogida que los reyes Alcínoo y Arete dan al héroe, es la primera de todos sus encuentros en el extranjero, que cumple estrictamente con las normas civilizadas de la hospitalidad griega y que aleja definitivamente a Odiseo de la situación de permanente peligro. Además le ofrecieron ayuda para completar su nostos, incluso antes de conocer quién era.

Aunque Alcínoo era consciente del deseo del héroe, no se resiste a hacerle una oferta en los siguientes términos:

“¡Ojalá, por el padre Zeus, Atenea y Apolo, que siendo cual eres y pensando como yo pienso, tomases a mi hija por mujer y fueras llamado yerno mío, permaneciendo con nosotros! Dírate casa y riquezas, si de buen grado te quedaras, que contra tu voluntad ningún feacio te ha de detener, pues eso disgustaría al padre Zeus. Y desde ahora decido, para que lo sepas bien, que tu viaje se haga mañana” (VII, 311-5).

La respuesta de Odiseo sólo se refiere a la segunda opción, reiterando con vehemencia el deseo de ver cumplido su regreso.

Las palabras que se dirigen Nausícaa y el héroe a modo de despedida indican, al igual que sucedía en el primer encuentro, un sentimiento que asume las características del ágape, esa relación de cariño y caridad, próxima al amor, que mencionaba en la introducción:

“Salve, huésped, para que en alguna ocasión cuando estés de vuelta en tu patria, te acuerdes de mí, que me debes antes que a nadie el rescate de tu vida. Respondióle el ingenioso Odiseo: ¡Nausícaa, hija del magnánimo Alcínoo! Concédame Zeus, el tonante esposo de Hera, que llegue a mi casa y vea el día de mi regreso, que allí te invocaré todos los días como a una diosa, porque fuiste tú, ¡oh doncella!, quien me salvó la vida” (VIII, 461).

Las tres escenas descritas con Calypso, Circe y Nausícaa ilustran de una forma diáfana la afirmación que comentaba al principio: el mayor anhelo del héroe, por encima de todas las cosas, era el regreso a Ítaca y el reencuentro con sus allegados.

Analicemos esos reencuentros para descubrir los distintos niveles de manifestación de ese amplio sentimiento que es el amor.

### **El reencuentro con su madre, Anticlea.**

El ya mencionado descenso al Hades, supone una dura prueba para Odiseo, y es en ese tétrico lugar donde tiene su primer encuentro fatal con su primer ser querido, de quien, además, desconocía su muerte. Se trata de su madre, Anticlea, a quien declara que todavía no ha regresado a su patria de la forma siguiente: “...ni entré en mi tierra, pues voy siempre errante y padeciendo desgracias desde el punto que seguí al divino Agamenón hasta Ilión, la de hermosos corceles, para combatir contra los troyanos...”, (XI, 168-9).

Una vez más el héroe denuncia ese dolor, ya casi familiar, que la situación de lejanía le inflinge.

A través de la conversación que mantiene con el alma de su madre, Odiseo obtiene la oportunidad de recibir las primeras noticias directas sobre Ítaca; de este modo tras preguntarle la causa de su fallecimiento, el héroe muestra su avidez por conocer la situación de los suyos en su patria en los términos siguientes:

“Háblame de mi padre y del hijo que dejé, y cuéntame si mi dignidad real la conservan ellos o la tiene algún otro varón, porque se figuran que ya no he de volver. Revélame también la voluntad y el pensamiento de mi legítima esposa: si vive con mi hijo y todo lo guarda y mantiene en pie, o ya se casó con el mejor de los aqueos (XI, 173-179).

La respuesta de su madre inflamará todavía más el anhelo del regreso:

“Aquella continúa en tu palacio, con el ánimo afligido, y pasa los días y las noches tristemente, llorando sin cesar, nadie posee aún tu hermosa autoridad real: Telémaco cultiva en paz tus heredades y asiste a decorosos banquetes, como debe hacerlo el varón que administra justicia, pues todos le convidan. Tu padre se queda en el campo, sin bajar a la ciudad..., sino que en el invierno duerme entre los esclavos de la casa, en la ceniza, junto al hogar, ...yace afligido y acrecienta sus penas anhelando tu regreso, además de sufrir las molestias de la senectud a que ha llegado. Así morí

yo también, cumpliendo mi destino... ni me acometió enfermedad alguna... antes bien, la soledad que de ti sentía y la memoria de los cuidados y de tu ternura, preclaro, Odiseo, me privaron de la dulce vida” (XI, 181-203).

A través de esta conmovedora respuesta, Odiseo recibe las primeras noticias de sus seres queridos y la confirmación de la correspondencia de sus sentimientos; al mismo nivel, él y los suyos, desean por encima de todo que llegue el momento del reencuentro.

Un visible sentimiento de amor filial desencadena la estéril reacción de Odiseo que no hace más que incrementar su dolor: por tres veces intenta, fallidamente, abrazar el alma de su madre, que ya no es más que una sombra.

### **El reencuentro con la diosa Atenea**

Todos y cada uno de los héroes épicos gozaban de la protección de una divinidad; el motivo de esta tutela no es uniforme: lazos familiares, religiosos o simple afinidad de caracteres. Este último caso es el que une a Atenea y a Odiseo, la primera definida como la más astuta de los dioses y el segundo como el más astuto entre los hombres. Estas son las palabras que la diosa dirige a su protegido:

“...porque ambos somos peritos en astucias, pues si tú sobresaes mucho entre los hombres por tu consejo y tus palabras, yo soy celebrada entre todas las deidades por mi prudencia y mis astucias” (XIII, 296-9).

A pesar de esta afinidad, la relación entre la diosa y su protegido no era estable, y los poemas homéricos manifiestan la siguiente evolución:

En la *Ilíada* Atenea aparece protegiendo y aconsejando al héroe, no sólo durante la batalla, sino también en el momento de la victoria griega, que se consigue a partir de un plan urdido por ambos, es el famoso episodio del caballo de Troya que se narra en la *Odisea*. Sin embargo, desde el inicio del desventurado nostos del héroe, la diosa no acudió nunca en su ayuda, incluso cuando la vida de su protegido se mostraba en peligro.

El motivo es conocido, la diosa ha retirado su apoyo, de forma generalizada, a todos los griegos, por el sacrilegio que uno de ellos, Ajax, cometió en su templo en Troya al sacar por la fuerza a la sacerdotisa Casandra que había acudido allí en busca de refugio. En la Grecia Antigua los templos se consideraban lugares de asilo y no respetar esta norma provocaba la ira de los dioses. Quizás la debilidad que Atenea sentía por Odiseo, fue la causa de que éste no se encontrara entre los más desafortunados, muchos de sus compañeros fallecieron cuando la diosa, a modo de venganza, destruyó un número elevado de naves aqueas, incluida aquella en la que navegaba Ajax.

En el caso de Odiseo, la diosa manifiesta su enfado con su ausencia, a pesar de que el lazo que ambos mantenían resultaba inusual, tal y como Néstor comentó a Telémaco: “Nunca vi que los dioses mostraran a un hombre el afecto que a la vista de todos mostraba a tu padre Atenea...” (III, 221-222).

La mencionada situación de desamparo se mantuvo durante los diez años que duró su periplo, pero se transforma radicalmente una vez transcurrido ese tiempo. Así, el motivo por el cual Zeus ordenó a Calipso la libertad del héroe, obedeció al ruego al respecto que le hizo su hija. De hecho, desde que Odiseo zarpó de Ogigia, Atenea reasumió la tarea de velar por su protegido, aunque ello no implicase que desaparecieran sus sufrimientos; ya que la diosa no había manifestado su presencia, ignoraba la vuelta de su influencia beneficiosa.

Tras el último embate de Poseidón y el consiguiente naufragio que le hizo temer por su vida en varias ocasiones, Odiseo, arribó a las costas de Esceria; este es el momento en que Atenea retoma el contacto con su protegido que se describe con una importante dosis de ternura, reconociendo en el gesto que su ira está completamente aplacada:

“Y Atenea infundióle en los ojos dulce sueño y le cerró los párpados para que cuanto antes se librara del penoso cansancio (V, 491-3).

Ya se hizo referencia a que Odiseo desconocía que la diosa le facilitaba y planificaba su ansiado regreso y posterior venganza; sólo en el momento en que Odiseo, trasladado por los feacios, llega a Ítaca, la diosa accede a manifestar su presencia. Dada la personalidad de ambos, no resulta extraño que el reencuentro se convirtiese en una especie de competición desigual, en la que el ingrediente fundamental era la astucia de ambos; con ventaja para la diosa, quien, a diferencia de Odiseo, dominaba la situación y sabía quién era su adversario. Las desventajas del héroe son evidentes: en primer lugar, porque la diosa volvió irreconocible el entorno a los ojos de Odiseo, quien pensaba que los feacios lo habían abandonado en otro lugar distinto a su tierra, y en segundo, porque se le presentó con la figura de un joven pastor ovejero. El desconcierto del héroe creció cuando le informaron que se encontraba ya en Ítaca; como respuesta inventa una convincente historia sobre su pasado, tan convincente que provoca la admiración de la diosa, quien decide que cesen los engaños por ambas partes, y se manifiesta “bajo la forma de mujer alta y hermosa” que le pregunta:

“...¿No reconoces ya a Palas Atenea, nacida de Zeus, que siempre a tu lado en tus muchos trabajos te asisto y te protejo y ha poco el afecto te atraje de aquellos feacios?” (XIII, 299-302).

Ante la realidad del reencuentro, enseguida se manifiesta un alto grado de confianza y proximidad, de hecho Odiseo le responde reprochándole que si bien estaba a su lado durante la contienda en Troya, una vez abandonada la costa, “nunca más volví a verte”. El fin de los reproches se determina con el trabajo físico, que ambos realizan “codo a codo” al esconder los regalos que le entregaron en Esceria en el fondo de una cueva; después, como dos colegas, se sientan al pie del olivo sagrado para trazar un plan que elimine a los pretendientes.

De esta forma, de labios de la diosa, Odiseo obtiene la segunda información sobre los acontecimientos en Ítaca, en general, y en su propio oikos, en particular; la situación es más catastrófica de lo que su madre le había descrito: Su mujer se sentía asediada por numerosos pretendientes que, además, minaban su hacienda con banquetes continuos. Al deseo del reencuentro se le suma a partir de este momento el de venganza y el de recuperar el orden preestablecido antes de su partida a Troya. También Atenea ansía la venganza y ambos manifiestan su odio a los galanes y su deseo de acabar con ellos; ese es otro sentimiento que les une en la empresa.

La relación de Atenea y Odiseo, una vez recuperados los cauces habituales, se puede definir como de *philia*, amistad; una camaradería que no suponía una relación entre iguales, ya que el héroe sabía por experiencia que podría resquebrajarse en cualquier momento. En este reencuentro resultan notables dos aspectos: el reconocimiento que ambos hacen de sí mismos en el otro por su afinidad de caracteres y el cariño que entre ambos se manifiesta y que se refleja en la alegría de poder llevar a cabo, una vez más, tareas en común. La afirmación de la diosa resulta ilustrativa:

“Siempre tú con la misma cautela en el alma: por ello no te puedo dejar entregado a tus males, que eres avisado de mente y cumplido en palabra y en prudencia” (XIII, 330-3).

Una vez reasumida esta función tutelar, la actividad de Atenea es intensa y se establece en diversos planos: con Telémaco, con Penélope y con los propios pretendientes.

### **El reencuentro con su tierra, Ítaca**

Odiseo desempeñaba el puesto de *basileus* de un pequeño reino que abarcaba el territorio de la isla de Ítaca, lugar en el que nació y pasó su juventud. Allí tenía importantes posesiones que constituían la principal riqueza de su oikos y albergaba en el tesoro de su casa abundantes objetos que constituían otro símbolo de su prestigio. Como muchos otros reyes de distintos estados griegos, abandonó su tierra para acudir en ayuda de Agamenón y luchar en Troya. En Ítaca la situación se fue deteriorando progresivamente a partir de que los habitantes perdieron la esperanza del regreso del monarca y los nobles que le acompañaron, así por ejemplo se denuncia que ya desde su partida no se había convocado la Asamblea (II, 26), organismo que reunía a los nobles del territorio para la toma de decisiones importantes. Además desde hacía tres años un grupo muy nutrido de nobles presionaban para que la mujer de Odiseo eligiera a uno de ellos como esposo, y de este modo tener más posibilidades para asumir el puesto vacante de *basileus*. Ante la indecisión de Penélope, los pretendientes aumentaron la presión, convirtiendo su vida en un continuo banquetear a costa de la hacienda de un marido que creían muerto.

A esta situación de caos, se le añade el hecho de que en su propio palacio nadie desempeñaba el papel que la vida, al menos en teoría, le había asignado; era como si su prolongada ausencia hubiera provocado una pérdida de referencia generalizada que desubicaba no sólo a su oikos, sino también a los nobles más jóvenes de la isla.

Ya comenté que en un principio la diosa volvió irreconocible para Odiseo su tierra al envolverlo en una densa niebla. Tras la conversación mencionada en el apartado anterior, Odiseo manifestaba su incredulidad ante la idea de encontrarse en Ítaca y Atenea, disipando la nube que le transformaba el entorno, le señaló algunos lugares conocidos y de indiscutible referencia, que Odiseo, después de veinte años, saluda de este entrañable modo: “Inundado de gozo besaba la gleba nutricia y a las ninfas después invocó levantando las manos: Ninfas náyades, hijas de Zeus, yo ya bien creía que no os iba a ver más: recibid nuevamente el saludo de mi grata oración y os traeré, como en tiempos, ofrendas si propicia me deja vivir la nacida de Zeus, la rapaz Atenea, y a un tiempo prospera a mi hijo” (XIII, 354-60).

No existe ninguna duda, una parte significativa de sus anhelos se había constituido: su nostos se había completado y de nuevo se encontraba en su querida y añorada tierra.

La alegría de arribar a su tierra se vio truncada con las noticias sobre la situación de su hogar. Su prudencia le obligaba a no ser impulsivo, pues debía posponer la llegada a su hogar, a la espera de cumplir el plan trazado con Atenea, quien como primera medida, para evitar que fuese reconocido, le transformó en un mendigo. Este disfraz le permitiría estudiar de cerca el terreno y averiguar quien le había sido fiel en su ausencia y quien le había traicionado. Sólo de forma muy paulatina y taimada irá revelando su personalidad. Antes que a nadie a su hijo Telémaco, momento que comentaré a continuación.

## El reencuentro con su hijo Telémaco.

Una vez que Atenea logró conmover a su padre para que intercediese a favor de Odiseo en la isla de Ogigia, la diosa asumió la función de preparar la victoria sobre los pretendientes y para ello, de forma paralela a la estancia del héroe en Esceria, preparó el terreno en Ítaca. En primer lugar, busca el contacto con Telémaco.

Telémaco apenas conocía personalmente a su padre, ya que cuando partió a Troya, apenas tendría un año; a pesar de esta circunstancia le idolatraba, conocía sus hazañas y anhelaba su regreso; a él se refería como “un padre glorioso, Odiseo, el divino; aquel gran sufrido, del que cuentan que antaño ... arrasó la ciudad de los Teucros.

La primera mención de Telémaco en la Odisea pone de manifiesto sus sentimientos:

“...se hallaba en medio de los pretendientes con el corazón apesadumbrado, y tenía el pensamiento fijo en su valeroso padre, por si volviendo, dispersaba a aquellos por la casa y recuperaba la dignidad real y el dominio de sus riquezas” (I, 113-117). Podríamos citar muchos fragmentos en los que Telémaco se emocionaba pensando en su añorado padre, igualándose en ambos tanto el deseo del reencuentro, como el sentimiento de venganza. Se trata de una situación muy parecida a la que veíamos con la diosa, pero en este caso la camaradería se ve sustituida por el amor paterno-filial, el sentimiento amoroso más fuerte que transmiten los poemas homéricos, el mismo que se reflejaba entre Anticlea y su hijo en el terrible Hades.

La situación de Telémaco resultaba embarazosa, ya que a pesar de que contaría con la edad suficiente para tomar las riendas de la casa, todavía no poseía la madurez necesaria para asumir esa tarea, probablemente por la falta de referencia paterna. Esta circunstancia le convertía en “espectador sufriente” de los acontecimientos que transcurrían en su casa; así sufre la presencia de los pretendientes y su insolencia al minar los bienes de su padre que él debería heredar; muchas veces aflora en él la necesidad de “hacer algo”, pero esta decisión no será una realidad hasta que Atenea se acerque a él con la figura del jefe de los tafios, Mentos, y le insta a convocar, por primera vez en veinte años, la Asamblea de Ítaca; además, le aconsejó partir a Pilos y a Esparta para preguntarles, respectivamente, a Néstor y a Agamenón noticias sobre su padre. Finalmente le aconseja que después del viaje regrese a Itaca y trace un plan para acabar con los pretendientes. Las palabras de la diosa tuvieron el efecto inmediato de un cambio en la actitud de Telémaco, al sentirse más fuerte y con un valor renovado; su partida en forma de ave le manifestó tanto su categoría divina, como su apoyo.

Atenea permanecerá velando y guiando a Telémaco hasta que padre e hijo se reencuentren; de hecho, es como si el afecto fuera una continuidad del que sentía hacia Odiseo, y así lo afirma, disfrazado de Mentor: “...soy tan amigo tuyo como de tu padre, que aparejaré una velera nave y me iré contigo” (II, 286-287).

El cambio en el joven resulta tan notable que tanto su madre como los galanes se percataron enseguida; estos últimos, temerosos de esta nueva fuerza, tramaron una emboscada con el objetivo de asesinarle.

Existe un acuerdo generalizado en la idea de que los consejos de la diosa tenían como principal objetivo el preparar a Telémaco para que definitivamente entrara en la etapa de la madurez (III, 14-20); madurez, por otra parte, que era imprescindible para colaborar con su padre en la lucha contra los pretendientes. De esta forma hay que entender el viaje realizado a Pilos y a Esparta, se trataba de concluir con éxito un rito iniciático que proporcionaría el empuje necesario para sacudirse una adolescencia ya tardía.

La llegada de Odiseo se produjo en el momento en que su hijo se encontraba fuera de Ítaca, aunque pronto regresaría. Al primer lugar al que se dirigió Odiseo, transformado en un mendigo, fue a la casa de uno de sus siervos, Eumeo, el porquerizo, que lo acogió como huésped y en seguida le dio sobradas muestras de fidelidad a su amo. Las terceras nuevas que oye sobre su palacio proceden de este hombre, quien confirmó la descripción anterior de la diosa, mostrándose incrédulo cuando aquél le anunció la inminente llegada de su amo, y argumentando que muchos ya se habían acercado a Ítaca contando mentiras a Penélope y a su hijo.

Fue en la casa de Eumeo donde se produjo el reencuentro entre Telémaco y Odiseo. La aparición de Telémaco y el recibimiento por Eumeo, delante del disfrazado mendigo, vuelve a subrayar esa realidad de Ítaca, en donde los acontecimientos aparecían como “descolocados” o los personajes en “otro papel”; el texto siguiente es muy elocuente:

“De la suerte que el padre amoroso abraza al hijo unigénito que le nació en la senectud, y por quien ha pasado muchas fatigas, cuando éste torna de lejanos países después de una ausencia de diez años, así el divinal porquerizo estrechaba al deiforme Telémaco y le besaba, como si el joven se hubiese librado de la muerte” (XVI, 17-21).

Tal y como se hace explícito, Eumeo estaba asumiendo el papel del padre ausente, las demostraciones de cariño prosiguieron ante un Odiseo que manifestaba un grado de atención máximo, tratando de captar cuáles eran los sentimientos y las maneras de su desconocido hijo. Éste, tras reponer fuerzas con la comida y la bebida, inquirió a Eumeo, por el extranjero presente; entre ambos conversan en su presencia y sólo intervino al final del diálogo.

Momentos después, Telémaco envió al siervo a comunicarle a su madre que ya había regresado; es en el momento en que se quedan solos, cuando Atenea aconsejó al héroe que descubriese su verdadera personalidad a Telémaco, a la vez que le devolvió su apariencia real. Ante esta transformación, Telémaco le identificó con un dios y el héroe respondió:

“¡No soy ningún dios! ¿Por qué me confundes con los Inmortales? Soy tu padre, por quien gimes y sufres tantos dolores y aguantas las violencias de los hombres.

Diciendo así, besó a su hijo y dejó que las lágrimas que hasta entonces había detenido le cayeran por las mejillas en tierra” (XVI, 187-192).

Tras un primer momento de incredulidad y la convincente explicación de Odiseo sobre la intervención de la diosa en su cambio de aspecto:

“Telémaco abrazó a su buen padre, entre sollozos y lágrimas. A entreambos les vino el deseo del llanto y lloraron ruidosamente, plañeando más que las aves –águilas o buitres de corvas uñas- cuando los rústicos les quitan los hijuelos que aún no volaban; de semejante manera, derramaron aquellos tantas lágrimas que movían a compasión” (XVI, 214-219).

Los párrafos anteriores constituyen una buena prueba de la importancia que Homero otorgaba al amor filial, padre e hijo se identificaban el uno en el otro como una prolongación. También en los padres de Odiseo: Euriclea llegó a morir de pena y Alertes se autoexcluyó del palacio y vivía como un siervo.

Ya repuestos de la fuerte emoción que les produjo el reencuentro, unidos por el deseo de venganza, Odiseo le dio las instrucciones a Telémaco sobre cómo debería actuar cuando llegase a su hogar. Así mismo, le encargó que no transmitiese a nadie, ni siquiera a su madre o a su abuelo, su presencia en Ítaca.

El objetivo de la diosa se había cumplido de forma satisfactoria y las intervenciones posteriores de Telémaco, con su madre y con los pretendientes, anunciaban que, definitivamente, se había cumplido su ansiada transición a la madurez y que por lo tanto estaba ya dispuesto para ayudar a su padre.

### **El reencuentro con su esposa Penélope.**

Si la situación de Telémaco podía definirse como embarazosa, la de su madre era rotundamente desesperada y así se muestra en la primera vez que se le menciona en la obra, solicitando al aedo Femio, que amenizaba el banquete de los pretendientes, que eligiese para su canto un tema diferente a las historias relacionadas con la Guerra de Troya: “...pero deja ese canto triste que constantemente me abrumba el corazón en el pecho, ya que se apodera de mí un pesar grandísimo que no puedo olvidar. ¡Tal es la persona de quien padezco soledad, por acordarme siempre de aquel varón cuya fama es grande en la Hélade y en el centro de Argos!” (I, 340-445).

Son muchísimas las ocasiones en las que, no sólo ella, sino otras personas, como Anticlea, Agamenón, Telémaco, Eumeo, Euriclea y la propia diosa Atenea, confirmaban el amor que sentía por su esposo y su desesperación por la larga ausencia de veinte años. Como ya se aludió, desde hacía tres la situación había empeorado notablemente, ciento ocho pretendientes la acosaban para que dejase el palacio de Odiseo, regresase al de su padre y escogieran un marido entre ambos.

Ella que mantenía viva la imagen y la esperanza del regreso de su marido, para postergar la decisión inventó el famoso ardid, anunciando que sólo se marcharía cuando finalizase de tejer la mortaja de su suegro; para que este momento no llegase, por las noches deshilaba el trabajo realizado durante el día. El engaño se mantuvo hasta que una criada infiel lo descubrió e inmediatamente lo contó a los pretendientes; de este modo, cuando llegaba el héroe a su patria la presión se encontraba en el punto más álgido. Aún así, Penélope, mantenía de forma abierta comentarios del tono del que sigue: “Me iré a la estancia superior para acostarme en aquel lecho que tan luctuoso es para mí y que siempre está regado de mis lágrimas desde que Odiseo se fue a Ilión con los Atridas” (XVII, 101-104).

En este estado de cosas, otra mala noticia viene a ampliar su desesperación, su hijo Telémaco ha partido a Pilos, sin avisarle, para buscar noticias sobre su padre, mientras que los pretendientes le aguardaban para tenderle una emboscada y matarle.

“Oídme, amigas; pues que el Olímpico me ha dado más pesares que a ninguna de las que conmigo nacieron y se criaron: anteriormente perdí egregio esposo, que tenía el ánimo de un león y descollaba entre los dánaos en toda clase de excelencias... y ahora las tempestades se habrán llevado del palacio a mi hijo querido, sin gloria y sin que ni siquiera me enterara de su partida” (IV, 722-728).

Ya vimos como sus designios no se cumplen y Telémaco, auspiciado por Atenea, eludió la emboscada y regresó a Ítaca para encontrarse con su padre en la casa de Eumeo.

Hay un hecho que llama poderosamente la atención, como es que a pesar de que las manifestaciones de Penélope y las opiniones de sus allegados y conocidos resaltan, por encima de todo, su papel como esposa fiel; Odiseo por dos

veces recibe el consejo específico de que le ocultase la verdad a su esposa hasta que el problema hubiera quedado definitivamente resuelto. La primera vez, en el Hades, donde el alma de Agamenón, a pesar de alabar las virtudes de Penélope, le recomendó encarecidamente que no le hiciese partícipe de todos sus pensamientos, prevención lógica si tenemos en cuenta que él fue asesinado al regresar a su hogar, por el amante de su esposa, Clitemnestra. La segunda ocasión resulta más chocante, ya que el mismo consejo procedía de Atenea, quien le asesoró en el mismo sentido en el momento en que ambos estaban tramando la estrategia para deshacerse de los pretendientes, al transmitirle la siguiente información, cuando menos equívoca:

“... más ella, suspirando en su ánimo por tu regreso, si bien a todos le da esperanzas y a cada uno le hace promesas, enviándoles mensajes, revuelve en su espíritu muy distintos pensamientos” (XIII, 379-381). Odiseo agradeció a la diosa esta información, afirmando que, de no conocerla, se hubiera encontrado una muerte similar a la de Agamenón. En definitiva, a pesar de la fidelidad manifestada por Penélope, no resulta completamente fiable; de este modo, Odiseo prohibió a todas las personas que iban conociendo su llegada, que transmitieran a su mujer una realidad que acabaría con su prolongado sufrimiento.

Odiseo, tras el reencuentro con su hijo, pidió a Eumeo, que lo trasladase al palacio, para entre los nobles mendigar su comida y, de paso, planear sobre el terreno la ansiada venganza; una vez más la resistencia del héroe es puesta a prueba al sufrir importantes vejaciones por parte de los pretendientes que prácticamente se habían adueñado de su hacienda y de su hogar, sin importarle ofender a Zeus, divinidad que protegía a todos los huéspedes, fuera cual fuera su condición social.

Así, disfrazado de mendigo y humillado por los que pretendían la mano de su mujer y devoraban sus bienes, Odiseo tiene la primera visión de su esposa, quien, a instancias de Atenea decidió mostrarse a los pretendientes; a pesar de que la diosa le aumentó su belleza y de la afirmación que Penélope hace, cuando alaban su figura: “Mis atractivos –la hermosura y la gracia de mi cuerpo- destruyéronlos los inmortales cuando los argivos partieron para Ilión, y se fue con ellos mi esposo Odiseo. Si éste, volviendo, cuidara de mi vida, mayor y más bella sería mi gloria” (XVIII, 251-255); en ningún momento el poeta describe emoción u otro sentimiento similar en el héroe, aunque sí menciona que escuchaba sus palabras.

El primer encuentro entre esposos, en una situación que recuerda al reencuentro con la diosa, transcurre con el engaño de fondo, ya que Penélope pensaba que hablaba con un mendigo, al que trató cumpliendo con las normas de hospitalidad. La primera muestra de sensibilidad por la situación de su mujer, se produce por su llanto mientras le narraba noticias sobre su esposo y su inminente llegada: “Odiseo, aunque interiormente compadecía a su mujer, que sollozaba, tuvo los ojos tan firmes dentro de los párpados cual si fueran de cuerno o de hierro, y logró con astucia que no se le rezumasen las lágrimas” (XIX, 209-213).

Todo apunta a que el engaño de Odiseo se debía a su prioridad en comprobar en directo, tal y como lo hizo con los siervos de la casa, la fidelidad de su esposa; quizás por el temor a un fin similar al de Agamenón. Sólo una vez que la matanza de los pretendientes ha tenido lugar, el héroe permitió a su esposa conocer la verdad sobre su llegada. Sin embargo, en el éxito de su empresa será fundamental la intervención de Penélope, ya que fue ella quien propuso a los pretendientes la prueba del arco, aquél que venciese sería elegido como esposo; también fue ella quien descendió a la sala del tesoro y subió el arco de Odiseo a la sala, arco que, una vez en manos de su dueño, supuso la perdición y la muerte de los nobles.

En cualquier caso, una vez que la venganza se consumó con la muerte también de los sirvientes que le habían traicionado, Odiseo, permitió a Euriclea transmitir su presencia y la muerte de los pretendientes a Penélope, quien dormía a instancias de Atenea:

“Despierta. Penélope, hija querida, para ver con tus ojos lo que ansiabas ver todos los días. Ya llegó Odiseo, ya volvió a su casa, aunque tarde, y ha dado muerte a los ilustres pretendientes que contristaban el palacio, se comían los bienes y violentaban a su hijo” (XXIII, 5-9).

La respuesta de Penélope fue de una justa incredulidad, atribuyendo a un dios la matanza perpetrada; así aunque ya se encontraba frente a su esposo, permanecerían las dudas; incluso su hijo le increpó por su frialdad, pues lo único que alcanzaba a hacer era mantenerse a cierta distancia y observar en silencio. En ese momento los papeles se invertían y era la esposa quien deseaba probar a su supuesto marido; es decir, comprobar que no era un impostor: “Pero si verdaderamente es Odiseo que vuelve a su casa, ya nos reconoceremos mejor, pues hay señas para nosotros que los demás ignoran” (XXIII, 108-110).

El mutuo reconocimiento se producía, finalmente, en un contexto lleno de ternura, impulsada porque la prueba a la que le somete Penélope, se relacionaba con una trampa sobre el lecho nupcial, que Odiseo había construido con sus manos a partir del tronco de un olivo. Superada con éxito la prueba, los sentimientos afloraron por ambas partes; los párrafos siguientes muestran los sentimientos de forma diáfana:

“Penélope sintió desfallecer sus rodillas y su corazón, al reconocer las señales que Odiseo daba con tal certidumbre. Al punto corrió a su encuentro, derramando lágrimas; echóle los brazos alrededor del cuello, le besó la cabeza...” (XXIII, 205-208).

“Y Odiseo lloraba, abrazado a su dulce y honesta esposa...” (XXIII, 231-232).

“Llorando los hallara la Aurora de rosáceos dedos, si Atenea, la deidad de los ojos de lechuza, no hubiese ordenado otra cosa; alargó la noche, cuando ya tocaba a su término, y detuvo en el Océano a la Aurora de áureo trono, no permitiéndole uncir los caballos de pies ligeros que traen la luz a los hombres” (XXIII, 241-245).

“Después de que los esposos hubieran disfrutado del deseable amor, entregáronse al deleite de la conversación. La divina entre las mujeres refirió cuánto había sufrido en el palacio al contemplar la multitud de funestos pretendientes... Odiseo, del linaje de Zeus, contó a su vez cuántos males había inferido a otros hombres y cuántas penas había arrastrado en sus propios infortunios” (XIII, 300-308).

Por primera vez, en estos párrafos se nos ofrece una relación equilibrada entre ambos esposos; los engaños, las ventajas y desventajas, las desconfianzas y sobre todo el sufrimiento de la separación se habían superado. Tras la relación de ágape, afecto/caridad que Penélope estableció con el mendigo, llegó, con el reconocimiento, la pasión, es decir el eros y también la philia que identificábamos con la amistad. Todos los sentimientos que vimos repartidos en las otras relaciones extramatrimoniales del héroe con diosas y mujeres, son compartidos con su esposa; pero es preciso subrayar que la identidad de este reencuentro entre marido y mujer, aunque lleno de ternura, no alcanzaba el sentimiento profundo manifestado en el descrito entre el héroe y su hijo.

Tras este recorrido por los sentimientos en la Odisea me gustaría finalizar con un pensamiento de Platón manifestado en el Banquete quien afirma que el amor es siempre amor a algo. El amante no posee este algo que ama, porque entonces no habría ya amor. Tampoco se halla completamente desposeído de él, pues entonces ni siquiera lo amaría. El amor es el hijo de la Pobreza y de la Riqueza; es una oscilación entre el poseer y el no poseer, el tener y el no tener \*1.

\*1 J. Ferrater Mora: Diccionario de Filosofía. Vol. I, Madrid, 2005, R.B.A, p. 134.

## **Repartido elaborado por la Prof. Gabriela Martínez**

### **Bibliografía:**

Álvarez, Mario J., “Homero”.

Álvarez, Mario J., “El pueblo griego”.

Freire, Tabaré, “Homero”

Jaeger, Werner, “Paideia”

Robert, Fernand, “Homero”

Vilanova, Angel – Giusti, Sergio, “Los orígenes de la literatura griega: Homero”

<http://antiqua.gipuzkoakultura.net/index-es.php>

<http://www.xtec.net/~sgiralt/labyrinthus/flash/odissea.html>

Diccionario Akal de Términos Literarios

Cirlot, Eduardo, Diccionario de Símbolos